

Trujillo 27-04-07

ULA-NURR

Centro de Investigaciones-Lingüísticas y Literarias “Mario Briceño Irragorry”

Ponencia al Socialismo del Siglo XXI y sus Visiones

Autor: Profesor J. Camilo Perdomo

TÍTULO: *¿CÓMO SE COMPROMETE UN INTELLECTUAL CON EL SOCIALISMO?*

EL CASO DE OCTAVIO PAZ COMO APORTE

INTRODUCCIÓN.

Pudiera haber comenzado preguntando ¿qué es un intelectual?, pero se me ocurrió que el cómo es más terrenal y menos complejo. Desde el debate entre Chomsky y Skinner, sobre la responsabilidad del intelectual, pasando por las polémicas entre Sartre y Foucault y, hasta por los artículos con esa pregunta del desaparecido suplemento cultural de Últimas Noticias; los venezolanos mostramos síntomas de haber olvidado a ese ser llamado intelectual. El intelectual, en la política y el partido, es un ser que casi nunca sirve para nada frente al pragmático que siempre sabe como arrimarse al poder. Para Foucault, el intelectual fue la representación de un sujeto denunciando el poder y siempre visto desde una imagen frente a la gente identificándolo con la izquierda. Jean Paul Sartre en Francia, donde cierta vanguardia dijo que tomaría el cielo por asalto, fue el símbolo de la izquierda práctica cuando repartía su periódico Liberación en una esquina de París y, a su vez denunciaba la

guerra del Vietnam, Noan Chomsky se confrontó con un símbolo de la derecha como fue el profesor Skinner y, hoy aún denuncia algunos vicios del poder mundial. Mientras tanto, en Venezuela quedan escritores y columnistas de pasquines que con una nostalgia amarga mojan su pluma en su bilis, con tal amargura que sin muchas ideas gritan que Venezuela se hunde con el actual gobierno. También hay quienes sin tener mucho que dar en el terreno de la reflexión y sabiendo adular bien el poder de turno dicen lo contrario, pero siempre con suficientes ganas de llenarse los bolsillos de dineros públicos. Alguien alguna vez dijo (pienso en el escritor nicaragüense Sergio Ramírez, cuando era funcionario del Sandinismo) que una izquierda existe cuando hay una derecha. Si esto tiene sentido, entonces es válido preguntar: ¿En Venezuela hoy hay una izquierda en el poder? ¿Hay una revolución? ¿Vamos a construir el socialismo, como presupone el ambiente de publicaciones que tenemos? Por otra parte, si admitimos la idea foucaultiana de que un intelectual se define como tal en la medida en que denuncia el poder, entonces parece que tanto en la izquierda como en la derecha debe destacar un hilo conductor de ideas y sujetos respectivos en tanto proyectos de dominio que un pensador tiene el deber de criticar. Y es aquí donde la duda mueve mis neuronas y sin embargo el camino no se aclara, pues si de algo adolece hoy la acción política venezolana es de un debate intelectual entre proyectos políticos que nos muestren esa derecha y esa izquierda. Lo que se observa en los escenarios donde medio circula el pensamiento son híbridos y cruces disfrutando de los aumentos de la renta petrolera. Una suerte de símbolo de sujetos oportunistas frente a los dineros públicos y del petróleo pareciera ser el límite entre

derecha e izquierda venezolana. Así, hasta pudiéramos regresar a la vieja pregunta en el MIR antes del chavismo: ¿Qué se discute? Hoy ¿desde dónde habla y escribe el intelectual de derecha o de izquierda? ¿Desde la vicepresidencia de la República, un ministerio o el fuerte Tiuna?, ¿Desde el Desarrollo Endógeno y Sustentable?, ¿Desde la pluralidad de imágenes del vocablo: Socialismo del siglo XXI? El camino es culebrero y aquí ni los textos de Marx o Edgar Morin sobre la esencia del socialismo o la complejidad del venezolano ayudan a definir o a aclarar la ruta. El tiempo sigue nublado hubiese dicho el poeta Octavio Paz. Vale también preguntar: ¿Un intelectual es el que con su acción informa su compromiso con una coyuntura socio-política dada? Si así se observa, entonces y en contrario: ¿para qué no sirve hoy un intelectual en Venezuela? Hasta ahora no le sirve al poder de turno si su palabra y conducta es incómoda. Y así regresaríamos al asunto del poder, pues sólo el intelectual lo denuncia, lo muestra, le coquetea, le escribe, informa cómo opera (pues él también es el poder) y las preguntas centrales del cómo frente al qué siguen vigentes hasta llegar a esta perla que fabrica disidentes: ¿Cuándo y cuánto al poder político, en el gobierno, le estorba ese intelectual? Por eso una oposición frente al poder tendría que mostrar a sus intelectuales, sus proyectos, sus símbolos, por lo que también interesa presuponer la existencia de una derecha y una izquierda debatiendo sobre las posibilidades de diálogo o confrontación para seducir a la gente en tiempos de presente y futuro, pues del pasado del socialismo ya resulta fastidioso el discurso y más cuando una suerte de nostalgia alimenta ideas de reacción y revolución. Estas son las señales que permiten revisar en esta tarea los textos de Octavio Paz y quizás

por ello se recuerde que cuando inició su trabajo crítico lo hizo desde su gusto por la estética zapatista y la influencia marxista de su tiempo. Su texto clave es *El laberinto de la soledad* que al ser revisado por él en 1993 dijo esto: “A mi me extrañan dos elementos de la vida intelectual mexicana. La irritabilidad, la falta de tolerancia, el carácter poco civilizado de las relaciones entre el carácter poco civilizado de las relaciones entre los escritores, entre los intelectuales, por una parte; y, por la otra, la insignificancia de las disputas de orden ideológico. Apenas se discuten ideas, las estéticas se discuten aún menos. Lo que se discute son las personas”¹. Si admitimos esta preocupación de Paz tenemos que admitir su vigencia en los debates de la izquierda venezolana y su traslado al proceso político actual. Puesto que aún hay ruido para identificar en qué y cómo se compromete un intelectual dentro del debate del Socialismo del Siglo XXI que muestran las publicaciones oficiales. Veamos, Octavio Paz fue un intelectual que dejó la imagen en un doble juego de poeta y ensayista crítico sin términos medios, ni para la imagen del capitalismo tipo USA, ni para el socialismo real de origen soviético y, mucho menos para los políticos de la revolución mexicana con su dominio burocrático corrupto del Estado. Pero lo que nadie, si es serio, puede negarle, fue su obstinada búsqueda de la reflexión para la disputa, la palabra, las ideas y el debate, bien en la poesía, bien en la política. Sus textos, por su memento de aparición reflejan esa búsqueda: *El laberinto de la soledad*

¹ Ver Xavier Rodríguez Ledesma: *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la Ideología*. Plaza y Valdez Editores. 1996. México. P.501

(1959), El Arco y la Lira (1967), Claude Lévi Strauss o el nuevo festín de Esopo (1967), Corriente alterna (1967) Posdata (1970), Los hijos del Limo (1974) El Ogro filantrópico (1979), entre otros, reflejan también su preocupación por el socialismo de su tiempo. Desde allí los textos dibujan lo que para él era un intelectual. Destaca en él sus ataques sistemáticos a marxistas de su tiempo anclados en las universidades: “...Hay otra clase de fariseos intelectualistas y pseudointelectualistas, que son los autores de toda esta gritería tan parecida al silencio del sepulcro. Los que sacristanes universitarios, no temen por el bien, sino por su fe; les asusta la destrucción de su creencia de su verdad. La raíz de su dialéctica es el temor y no la angustia. Una vez más: temen por su fe, no por sus dioses”² Esta imagen paciana de sus interlocutores del debate en los ambientes universitarios es frecuente en Venezuela y los textos de la izquierda así lo dicen. Por algo cuando discute se divide. Otro aspecto en su obra a distinguir es con respecto al socialismo, matriz de opinión que mantuvo a lo largo de su producción intelectual. A Octavio Paz, visto desde su obra, se le observan tres escenarios de reflexión: a-Su lectura de la modernidad desde América Latina. b-Su visión de la sociedad mexicana desde la experiencia política del zapatismo y, sus interpretaciones del socialismo desde una lectura consistente del marxismo. Vale recordar de él esto: “Las palabreas son inciertas y dicen cosas inciertas. Pero digan esto o aquello, nos dicen”³ A partir de estas ideas, en el debate sobre El Socialismo

² Ibíd., P.138-139

³ Ibíd., P.25. Citando una “Carta de creencia”, en *Árbol Adentro*.

del Siglo XXI y sus Visiones tiene sentido rescatar la palabra que dice, no importa allí la verdad. No se debaten las verdades, ellas son como los dioses, se aceptan o se rechazan. La palabra que dice y oculta, como nos enseña el profesor Foucault es la clave a debatir. Recordemos a Machado: -“La verdad, ¡qué bella es!, vamos a buscarla juntos. ¡La tuya, la dejas!” Muchos críticos de Octavio Paz no lo han leído y si lo hicieron no situaron la palabra en los escenarios y el tiempo de su enunciación. Error grave cuando se pretende hacer crítica, algo que los discursos pazianos respetaron. En la revista Vuelta Paz situó su campo de batalla por las ideas y allí cuadraba a sus interlocutores. Vieja astucia que un intelectual no puede ignorar; se debate con las ideas no con la persona. Esto porque es bien sabido que los escritores tienen la tendencia perversa a construirse un aura de pensadores que muchas veces no tienen, y el socialismo no es sólo una tarea de quien escribe. El problema del intelectual es cómo construye sus relaciones con el poder sin negarse en el intento. Paz, Borges, Foucault, Bachelard, Nietzsche, son ejemplos a estudiar en ese aspecto. Ahora bien, escribir o ser universitario no define a un intelectual, o dicho de otra manera: ¿La razón por medio de la cual un escritor o un universitario mantiene su neutralidad política y autonomía en sus ideas es clara cuando se habla de socialismo? Desde Gramsci a Pierre Bourdieu encontramos justificaciones y negaciones. Un intelectual no vive fuera del dato social, lo que queda confuso es cuando se coloca en un mismo plano teoría crítica e ideología, ética y moral, estética y cultura, Estado y gobierno, partido y adoctrinamiento, autonomía y libertad. Para Max Weber, por ejemplo, el político es quien miente y engaña, por eso su pacto es con el diablo. Pero

más se complica la respuesta cuando el escritor se cree por encima del bien y el mal, cuando presupone que su actividad es sólo arte, poesía y estética. No fue el caso de Octavio Paz. En este punto inscribo mi opinión: se puede participar en el debate de ideas, tener un gusto por determinada orientación del pensamiento socialista y ser un intelectual serio. Lo contrario tampoco es la negación de ello. Aquí la tolerancia, el respeto y la alteridad no pueden ser vocablos muertos o vaciados de contenido real. En el caso venezolano y del socialismo de hoy cuesta trabajo identificar esos valores o intelectuales de la talla de un Paz, o un Carlos Fuentes, para no salirme de la referencia mexicana. En el caso de Fuentes, por ejemplo, el 10 de junio de 1971 hubo una represión violenta contra los estudiantes y se criticó al presidente Luis Echeverría, Carlos Fuentes salió en su defensa e inmediatamente se le acusó de entreguista. ¿Pero qué entregó Fuentes? Pues bien, en el mundo de las letras funciona un presupuesto discursivo devenido hoy mito: el escritor es la encarnación de la verdad, de la experticia de las letras. Es decir, del otro poder que dice ocultándose en lo que dice, pues ese poder es para ellos y no debe ser compartido con otros poderes. Esto en México ha sido debatido, no así en Venezuela donde cada gobierno ha tenido sus escritores prestados en nombre de la verdad, las letras, la historia y la ciencia. El socialismo como palabra circulante hoy, tampoco escapa a ese déficit intelectual. De allí que Paz señaló: “Los intelectuales en el poder dejan de ser intelectuales; aunque sigan siendo cultos, inteligentes e incluso rectos, al aceptar

los privilegios y las responsabilidades del mando substituyen a la crítica por la ideología”⁴ Con lo que Paz, haciendo uso de su propia experiencia cuando fue embajador de México en la India y luego de las muertes a estudiantes renunció a su cargo, coloca un punto de respuesta del compromiso del intelectual: no confundirse en su ética con la ideología y el ideólogo. Ahora bien, dentro de las tendencias que ha mostrado la experiencia socialista, ¿cuál es la que le permite al intelectual mantener su crítica, el debate, la reflexión? Porque estemos claros, sin esos aspectos no hay pensamiento, sino sometimiento. O dicho de otra manera: ¿qué le ofrece el poder al intelectual para que abandone su ejercicio donde antes le iba el ánimo? El poder publica al escritor, lo promociona, lo fotografía, le da cenas, viajes; en fin, lo seduce y lo utiliza llegado el momento para ello. Vale aquí una pregunta hecha a Borger sobre el compromiso del intelectual, él respondió: que se case! En esa escueta respuesta va la clave de la autonomía del pensador, si se casa con el poder, asuma su matrimonio y ojalá siga siendo pensador crítico. Otra referencia que es válido nombrar, en este sentido, es Foucault en *Microfísica del Poder*. Veamos: “Lo que los intelectuales han descubierto después de la avalancha reciente, es que las masas no tienen necesidad de ellos para saber, saben claramente, mucho mejor que ellos. Pero existe un sistema de poder que es un obstáculo, que prohíbe e invalida ese discurso...”⁵ Es ese el poder que también debe enfrentar el intelectual, porque en esa

⁴ *Ibíd.* P45

⁵ *Microfísica del Poder*, 1979, p79-Los ediciones de la Piqueta. Madrid

relación de fuerzas entre saberes las reglas no son éticas, ni estéticas con validéz universal. De tal manera que la palabra socialismo no porque circule dice o deja de ocultar, no porque se le escriba tiene poderes mágicos; el Socialismo del siglo XXI, en Venezuela, tiene necesidad de revisarse así mismo y contar con las masas que nombra Foucault para desnudar el poder. Mientras eso no ocurra, será una consigna, una ideología. El intelectual está obligado, si se asume como tal, a denunciar el poder, a criticarlo. Y finalmente un texto de Paz que nos coloca en otra clave de la respuesta a estas notas: “Entre el marxismo de Rosa Luxemburgo y el de Trotsky, entre el de Gramsci y el de Stalin, no hay mucho en común. Entre todos esos marxismos, ¿Cuál es el verdadero? Pregunta sin respuesta. Tal vez no la necesite: el marxismo no es teoría, sino historia”⁶

⁶ El pensamiento. Obra citada. P236.